

# Una ronda de Don Ventura Ahumada

EUGENIO DÍAZ

*Ilustrado por*  
CARLOS DÍAZ



Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta



Leer es mi cuento 37

# Una ronda de Don Ventura Ahumada

EUGENIO DÍAZ

*Ilustrado por*  
CARLOS DÍAZ



El futuro  
es de todos

Gobierno  
de Colombia



Biblioteca  
Nacional de  
Colombia

\* \* \*

**MINISTERIO DE  
CULTURA DE COLOMBIA**

Carmen Inés Vásquez  
**Ministra**

**MINISTERIO DE  
EDUCACIÓN NACIONAL**

María Victoria Angulo  
**Ministra**

\* \* \*

**AUTOR**

Eugenio Díaz

**Ilustrador**

Carlos Díaz

**Editor**

Iván Hernández

**Coordinadora editorial**

Laura Pérez

**COMITÉ EDITORIAL**

Amalia de Pombo Espeche  
*Directora de Artes*  
*Ministerio de Cultura*  
*de Colombia*

Diana Patricia Restrepo  
*Directora Biblioteca*  
*Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal  
*Coordinadora de Literatura y Libro*  
*Ministerio de Cultura de Colombia*

Iván Hernández  
*Editor de la serie*  
*Leer es mi cuento*

\* \* \*

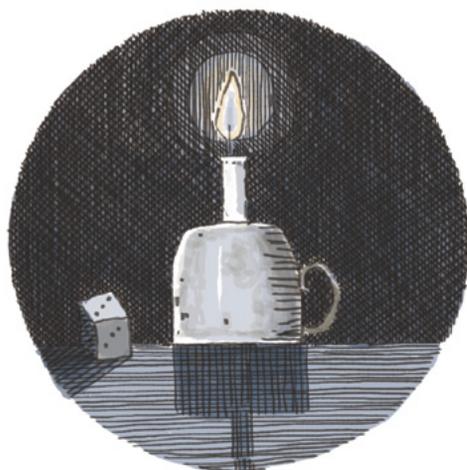
Primera edición, abril de 2020

ISBN: 978-958-5488-87-8

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:  
[literaturaylibro@mincultura.gov.co](mailto:literaturaylibro@mincultura.gov.co)



## Una ronda de Don Ventura Ahumada

Eugenio Díaz

3

Es la sala capitular de un convento, lo que era la plaza entre los lacedemonios, el augusto local de las elecciones y de las transacciones de la mayor importancia. Permanece cerrada constantemente y está rodeada de escaños de nogal con separación de brazos, en forma de sillas en un solo cuerpo, como se usa en los coros; y en uno de los extremos tiene un solio, o mejor diremos, un altar muy elevado. No hay un lugar más serio, ni más imponente que la sala de capítulo; ni el senado de los romanos, ni el foro, ni el capitolio.

Se hallaban reunidos en este solemne recinto los padres mas graves del convento de \*\*\* a propósito de un negocio cuya importancia exigía su inmediata resolución. La puerta estaba con llave, y se había registrado cautelosamente para evitar la curiosidad de los coristas; estaban seguros los padres de que no llovía, y aunque la luz era la escasa de un grueso cirio, las coronas rapadas brillaban, presentadas al reflejo, porque los padres estaban muy agachados, teniendo los brazos cruzados entre sus anchas mangas.

Sonó una campanilla como para avisar que la sesión se comenzaba.

Se rezó un salmo, y después de una tosecilla que se oyó por toda la sala, una voz pausada y misteriosa pronunció estas notables palabras:

—¡Reverendísimos padres! El objeto de esta reunión es de los más graves de nuestro convento: la fuga del padre Serafín y sus escándalos en el siglo. Todos los medios suaves se han puesto en uso; pero Satanás ha triunfado de nuestra clemencia y actividad. Queremos consultar la opinión del santo capítulo para proceder con acierto. He dicho.

—*El padre sub-prior.* —Muy reverendos padres: cuando hay un profeso alzado que se burla del cariñoso llamamiento de sus hermanos, la Iglesia tiene sus medios coercitivos, que ninguno hasta ahora le ha podido disputar. Se toca a rebato en todas las campanas de la Iglesia, se pone una mesa en el altozano con carpeta verde, se enciende una cera también verde, y delante de la concurrencia, que naturalmente atrae los tremendos campanazos de alarma, se anuncia que si el prófugo no parece dentro del tercer día, queda, por el mismo hecho, excomulgado. Hágase; y se tendrá al hermano en el acto buscando su celda, y pidiendo el perdón por sus travesuras, así como la abeja que se atropella por entrar a la colmena cuando siente tronar a lo lejos.

—*El padre lector.* —¡Carísimos hermanos! Aun cuando sea legal el recurso, tiene el inconveniente del escándalo, aparte de que un toque a fuego o a rebato es una alarma para toda la ciudad, que nosotros vamos a causar abusando del derecho de tener campanas, que no deben servir sino para llamar pacíficamente a los fieles. Además, debemos atender a los avisos de la historia. No vamos a criar un Lutero granadino por nuestra demasiada severidad. Excogitemos los medios menos estrepitosos, y obremos con previsión.

—*El padre jubilado.* —Me parece muy corriente la reflexión del hermano pre-opinante, y creo más expeditivo el medio de emplear un espionaje secreto, y luego que ya sea tiempo, pagar un par de jaquetones que le pongan la mano y nos lo entreguen como un cordero.

—*El padre tesorero.* —Pero quedamos en las mismas, mis amados hermanos, porque, ¿quién es el que le pone el cascabel al gato?... El padre Serafín parece estar encantado, porque tan pronto lo ven en San Victorino, como en las Nieves, como en la calle del Arco; es un duende completo. Así es que la receta es buena, pero no se puede aplicar.

—*El padre maestro.* —Hago una proposición, mis caros hermanos: ofíciesele al señor don Ventura Ahumada, para que, si cae en alguna de sus pesquisas, nos lo remita en el acto.

—*El padre procurador.* —Me parece muy acertada la proposición.

Después de discutido el punto, por más de una hora seguida, se vino a convenir en la proposición del oficio, y redactado y leído en alta voz por el padre secretario, fue aprobado por todos, y decía:

*Convento de \*\*\*, agosto 20 de 1828*

*Señor Jefe político del Cantón.*

*De nuestro apacible redil se ha separado una desnaturalizada oveja: suplicamos V. S. nos la encarrile sin el menor estrépito, si por acaso en sus pesquisas la encontrare. Esta desgraciada criatura, que es nuestro hermano el R. P. Serafín, hace más de un mes que se nos ha escapado. La filiación y las señas van incluidas en el mismo pliego para hacer mas expeditiva la pesquisa.*

*Dios guarde a V. S. muchos años.*

*El Prior, Fray N. de N.*





## La delación

6

Se ha hablado mucho contra la delación, y es casualmente una de las acusaciones contra los jesuitas; pero nosotros no tenemos todavía formado nuestro juicio por algunos casos raros que se nos presentan. Soberanos y naciones hay que se han salvado por la delación. No vayamos muy lejos: por la delación se salvó el general Santander de la conspiración de Sardá; por la delación se salvó en una tabla la administración del 7 de marzo, y yo quisiera preguntar a los que tienen hijas, y a los que tienen huerta o hacienda, si se atreverán a taparle la boca a un delator, que les quiera avisar que por las tapias hay algún indicio de daño. Así es que, sin fallar en pro ni en contra de la una ni de la otra opinión, pasaré de ligero a mi asunto. Por la delación supo don Ventura Ahumada, jefe político de Bogotá, que el padre fray Serafín solía ir a una casa de las inmediaciones de la calle de la Carrera, y una noche, acompañado de sus gendarmes, se fue a golpear a la dicha casa. Sobre las dilaciones en abrir no diremos nada: basta con imponer a nuestros lectores que la casa era de Bogotá, que las criadas estaban jugando al tute en la cocina, que los niños hacían más bulla en la recámara que una jaula de periquitos, y que el dueño de casa debía el arrendamiento de ella, y además la hechura de una casaca y de unas botas, y la afeitadura de un mes, y que estaba nombrado de juez, que entonces no eran *pagos como los de ahora*.

Por cinco veces había sonado el picaporte, cuando se oyó el «quién es».

—Abra usted —dijo don Ventura— que soy yo.

Otro cuarto de hora se perdió en las consultas de adentro, hasta que sonó el palo y apareció el muchacho.

—Cojan este muchacho para soldado —dijo don Ventura a sus agentes.

—¿Por qué, señor? —le preguntó el perezoso portero.

—Porque me ha hecho usted detener una hora aquí parado; y esa es mala crianza con los particulares, y desacato con la autoridad... ¡Vamos!

—¡Señor!, no me haga ese quebranto.

—Sólo de una manera...

—Cuanto usía quiera.



—Que me entregue usted al padre Serafín.

—¿Ahora?, señor.

—Cuando se pueda.

—Como él donde está es por allá... en otra casa; y si viene aquí es por un alicuando...

—¿Y dónde es allá?

—En Belén, señor.

—¿En qué parte?

—Es en una casa que tiene un solar y que tiene una ventana para la calle.

—Son mucho más claras las señas del cuartel de San Agustín... Lleven ese muchacho al instante.

—¡No, mi usía! Es una ventana colorada que tiene una palma de ramo colgada, y en la palma hay un corderito de algodón atado con cinticas verdes.

—¿Y qué hace el padre allá?

—Juegan a ratos al dado.

—¿Y si no es cierto?

—Sí es, mi usía; lo que tiene es que esconden el dado entre el candelero, cambian la plata por chochos y se ponen a jugar a la baraja, cuando va alguno que no es de la cuenta.

—¡Bueno!... ¿Y si no cojo al padre Serafín?

—Pues yo no tendré la culpa, mi usía; porque él tiene un huraco...

—¿En dónde?, muchacho de los diablos.

—En el solar, entre unas matas de borraja, y cuando toca a la puerta alguna persona que creen sospechosa, corre y se mete allí, y cae a la calle entre unos zanjones, y de ahí coge zanjón abajo, y viene a salir por calles excusadas al puente del Carmen, y luego se viene a esta casa, con su garrote y su ruana.

## La fábrica de los chicharrones

Con estas señas, y tres clavos de engalavernar y otros elementos estratégicos, que pidió del cuartel de caballería, se trasladó don Ventura al sitio de Belén. Las calles estaban oscuras, y como son disparejas, y el terreno elevado, no se marchaba sin tropezones. Sólo don Ventura caminaba firme, como si aquellos fuesen caminos que él hubiese practicado en otros tiempos. Había perros que con sus latidos hacían más alboroto que el necesario para la pesquisa de una oveja descarriada, como decían los padres; pero los guarantes los dejaban escarmentados para siempre con un bocado de longaniza que ellos usaban dar después de haber corrido el bando «para matar los perros». Pero al fin el impertérrito jefe de policía se halló en la calle de su anhelo, y convencido por las señas, se acercó a una puerta enmantecada y golpeó.

—¡Pum, pum!, pum, pum!

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién es yo?

—Buenaventura Ahumada.

—¡El Chicharrón! con mil diablos —exclamaron todos adentro.

—Yo me boto por las tapias —dijo uno.

—¿Y si la manzana está rodeada?...

—Es mejor meternos en el horno —dijo otro cofrade.

—¿Caliente? —dijo la dueña de la casa—; ese es un disparate... ustedes le tiritan al Chicharrón más que los ratones al gato; y eso no es corriente. Metan al tigre en su jaula; pónganse todos serios; enciendan sus cigarros; y cojan las cartas en la mano, mientras que vuelvo yo. Verán cómo yo sí se la pego al Chicharrón.

Mientras la patrona abría la puerta se cambiaba de tren en el cuarto, como se cambian en el teatro los bastidores para una escena repentina y variada.

—Vengo en busca del reverendo padre fray Serafín —dijo don Ventura, así que estuvo adentro.

—Aquí no hay serafines —dijo la casera— sino uno pintado en el cuadro de la virgen.

—¿Y usted no lo conoce?

—Ni por el forro, como dicen los estudiantes.



—No, señora: es un Serafín del mundo el que yo busco, ¡y bien mundano!... ¿Y los señores?

—Divirtiéndonos un ratico.

—Pero son las doce de la noche.

—Era casualmente la última manita.

—Es que por mí no lo dejen... ¿Y en el otro cuarto?

—Era la niña Nicanora; y como se fue a abrir el portón.

—Pero ya está de vuelta.

—Se está haciendo tarde —contestó la patrona— ¡y es tan malo trasnocharse una!... y a mí que poco me divierte la ropilla.

—A mí me divierte muchísimo... ¡Sigán! ¡Es un juego muy decente! El Libertador lo juega; pero nunca por interés... Yo quiero que ustedes sigan jugando.

—¡Pero si no sé dónde tengo la cabeza! —exclamó la patrona— pues con el sereno y el susto (porque no pensábamos que era una visita tan buena) me he quedado como desvanecida... y vergüenza que le tengo a V. S.... Solamente que V. S. me haga la primera jugada.

—¿Y si la hago perder?

—¿V. S.?... Así fueran todas mis pérdidas.

—Yo lo que quiero es verla jugar a usted.

—Y yo lo que quiero es jugar con V. S.

—No jugarán mucho... Eche su carta.

—¡Me estaba dando tan mal!... Ahí va el as de espadas, pues, para hacerlos descartar a todos.

Después que todos hubieron jugado, continuó diciendo don Ventura: «no he comprendido nada de lo que han hecho los jugadores; ¿o es que hay una ropilla nueva?»

—¿No lo había yo dicho que estaba atarantada?... Que juegue por mí el señor don Ventura.

—¡Mil gracias!

—Entonces lo dejo.

—De fullerías es que se ha de dejar usted —dijo entonces don Ventura acercando un taburete al de la dueña de la casa—. Usted juega ahora, porque se lo mando yo.

—Así es imposible que yo haga ni un solo acuse. ¡Azarada, cuándo!, dijo la patrona y botó las cartas.

—Pues si ustedes no pueden continuar su nueva ropilla de acuses, entonces encenderemos tabaco —dijo don Ventura.





## El dado

Levantó la vela don Ventura para encender su cigarro, y vio allá en el hueco del candelero un hermosísimo dado, tanto más brillante cuanto que estaba parado por los treses. Ladeó el candelero y lo vació sobre la carpeta, y ¡oh prodigio!, quedó otra vez por los treses.

—¡Hola! —dijo con cierto gracejo irónico que usaba en ocasiones—, ¡hola!, ¿con que este es un garito... A ver, doña Nicanora, ¿qué profesión tiene usted para subsistir?

—Pues yo, señor don Ventura, fabrico aquí chicharrones, matando un marrano gordo todas las semanas; y están tan acreditados, que los más hermosos los vendo a real, y me aburren por ellos de las casas grandes; y yo no he puesto en la puerta el anuncio «*Chicharrones superiores*», porque me comerían a demandas; y anunciar una cosa, y salir con que no siempre la hay, es sumamente ridículo... Ya usted ve, señor don Ventura: en Belén es donde se han hecho los mejores chicharrones del mundo... Si V. S. gusta, vamos y verá el marrano.

—Quiero conocer la fábrica —dijo don Ventura, y dejando tres guarantes en la puerta, se asomó al pequeño patio, de donde vio que corría para el solar un bulto negro.

—¿Quién va ahí? —preguntó don Ventura.

—Nadie, señor: es que en esta casa suelen espantar y seguramente...

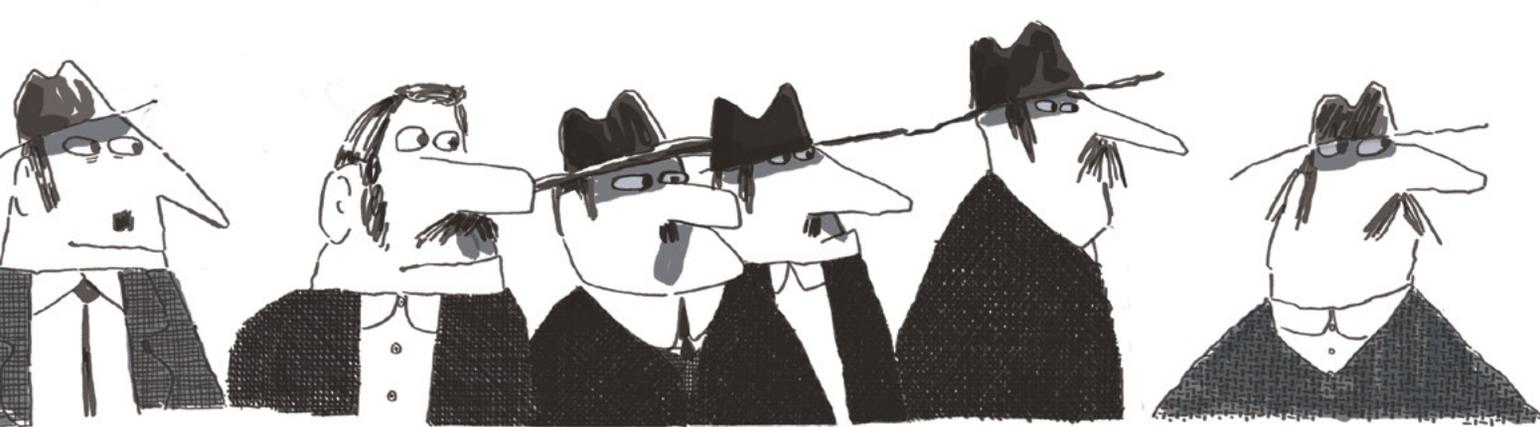
—Seguramente es el tahúr, cuyo interinato ha desempeñado usted tan mal; y si usted me sale con las patas tuertas... la pongo a desyerbar calles: ya sabe.

—Al libre Dios lo libra, señor don Ventura: no tenga usted cuidado por eso.

En efecto, don Ventura dio la vista de ojos que necesitaba. El patio, aunque sembrado de duraznos y curubos, daba con la luz de la vela una tristísima pintura por sus ennegrecidas paredes, y por sus ventanas y puertas barnizadas de manteca. El anfiteatro de anatomía cerduna era un cuarto de sucias paredes y de vigas muy tiznadas, de una de las cuales colgaba un marrano, que iba a libertar a la niña Nicanora de la mala nota de ociosa; marrano que por cierto estaba gordo y bien abierto, esperando la operación, que en los términos de la profesión se llama *deshacer*. Los embudos, las tripas secas, el orégano y los cominos, todo estaba en la alacena; y las morcillas, ensartadas en una varita, se hallaban también de presente, luciendo entre todas las de la tripa más gruesa, que las profesoras llamaban *obispo*.

El señor jefe de policía observaba todo con una gravedad indecible, y luego que la ronda de la casa estuvo efectuada, vino a preguntar por su profesión a cada uno de los tertulios de la niña Nicanora.

—Maestro —le dijo don Ventura a don Alfonso Carrión—, ¿y usted todavía no se deja de eso? ¿No repara usted que un artesano no debe perder las fuerzas con las trasnochadas? ¿No ve usted que la raza humana no es nocturna, y que el castigo para los



pecados contra la naturaleza es la aniquilación de la misma naturaleza?... Usted se halla flaco, ojerudo y en extremo débil. La naturaleza no hizo nocturno al hombre; eso lo puede usted ver en los hombres primitivos, en los salvajes, que se acuestan al comenzar la noche; al contrario de usted, que se acuesta al comenzar el día. Otra prueba de que el hombre no fue criado para nocturno, es que los animales nocturnos tienen barbas largas, movibles y erizadas, con que se ayudan en las tinieblas; y nosotros no.

—Es verdad, señor don Ventura —le contestó el maestro—. Los militares, por tener bigotes, será que son un poco más nocturnos, ¿no es así?

—Por otra parte, maestro Carrión, usted tiene niñas muy lindas que cuidar y una criada bonita. ¿Cómo abandona usted la plaza en las horas de más peligro?

—Mi esposa cuida las fortificaciones.

—¿Es ella la de toda la responsabilidad de la llave? ¿La encuentra usted todavía despierta a la madrugada?

—Sin duda.

—¿Y será justo despertar a la esposa y a los vecinos al aclarar el día con horribles golpes de portón?

—Para eso yo me llevo la llave las más veces.

—¿Y si hay un incendio, o alguna enfermedad repentina?

—Mi criada tiene otra, y mi esposa otra.

—Tres llaves equivalen a tres puertas en la casa. Su casa está entonces como algunas de Tocaima o Guataquí, cuyos muros son de cerca de palos; y esta es una fortificación que no presta seguridad en donde hay preciosidades como sus hijitas, y asaltantes como los cachacos.

—¡Pero, señor! ¿Y la educación del corazón no será bastante?

—Entonces, no cierre ni tranque nunca... Mire, Carrión —continuó don Ventura, poniéndole la mano en el hombro al artesano—: yo le tengo a usted cariño, y le aconsejo que se deje de juego. Usted es hombre de bien y por lo mismo está expuesto a ser víctima de los pillos. ¿O es que usted entiende de pillerías?

—¿Yo?, señor... ¡Ni pensarlo!

—¡Tanto peor! Y usted no debe jugar nunca. Los artesanos de Bogotá son gente muy honrada; valientes y moderados; sumisos a la autoridad y respetuosos de los derechos ajenos... ¿Se acuerda, maestro, de que juntos nos hallamos en la acción del 9 de enero, bajo las órdenes de nuestro gran paisano?... Mire, Carrión: a usted no le conviene ser tauru; y yo sé cómo se lo digo. Y cuenta con dejarse ahora enganchar para alguna revolución, con promesas que no les pueden cumplir jamás. Al Libertador le debemos la independencia y la libertad. ¡Cuidado, maestro!



## Un tratante y un estudiante

Después se dirigió don Ventura a otro de los cofrades, y le dijo: ¿usted qué profesión sigue?

—¿Yo, señor?... tratante.

—¿En qué géneros y con qué casas trata usted? ¿Con qué hombres de bien está usted acreditado?

—Yo cambio pistolas por relojes, y ropa hecha por caballos, o por plata; o caballos por caballos, dando o recibiendo algún ribete: doy barato y sin engañar a nadie, y hago valer las cosas al mismo tiempo con hacerlas pasar por muchas manos; hago crecer la riqueza nacional con mi feliz industria.

—La riqueza pública no se aumenta con el precio convencional representado por monedas, sino aumentando los objetos de riqueza; produciendo para el consumo, y todavía mejor, para la exportación. Porque una torta suba al valor de un real, y una vara de bogotana al de una peseta, y unas botas al de cuatro escudos, y una ventana al de dos onzas, no por eso habrá más riqueza; sino por el contrario, más pobreza, porque el que necesita ese objeto tiene que desembolsar el doble, viniendo a ser el pobre la víctima del sofisma... Y dígame, ¿usted es casado?

—Lo mismo que si fuera.

—¿Lo mismo?

—Sí, señor, porque yo no doy que hacer a nadie con mi estado de célibe.

—¿Y dónde es su casa?

—No tengo, porque para mis negocios no la necesito, y yo solo, me acomodo por ahí donde cualquier amigo.

—¿Con qué personas de representación trata usted?

—Esa clase de la sociedad no se rasca con los pipiolos.

—¿Lo conoce a usted algún señor de valer, honrado y de categoría, de esos que no engañan a nadie?

—No tengo la honra de conocerlos, señor.

—Pues yo sí conozco uno que otro... En fin, si usted no me acredita mañana que tiene profesión u oficio, y que tiene casa o posada conocida, o que lo conocen algunas personas de respeto por un hombre inofensivo, lo declaro vago, y lo pongo a cargar parihuela... Hasta mañana, caballero.

—Pero, señor, los que tienen una renta de qué subsistir, o son patrocinados, ¿no andan por ahí sin oficio ni beneficio, sin que por eso la autoridad los declare vagos ni mal entretenidos?

—De esos tiene la autoridad garantías por su conducta, y porque hay quienes los conozcan, sobre todo la policía, que tiene a su cargo la tranquilidad y la seguridad de



los habitantes de una población entera. Conque hasta mañana, y me lleva usted a la jefatura dos señores que lo conozcan por hombre útil a la sociedad... Y este caballero —dijo don Ventura, fijándose con burlones ojos en don Juanito Galafate, que era el contrahombre de la señora Nicanora—; este caballero, ¿qué carrera tiene?

—La de estudiante, señor —dijo el interrogado.

—No van tan mal sus estudios... ¿Y qué pruebas me da usted?

—Estas —le contestó don Juanito, levantando los codos, y mostrándoselos muy rotos.

—Eso, y el cuello postizo de su camisa, y el capote de calamaco verde me indican su clase; pero querría tener pruebas en lugar de indicios... ¿Y qué estudia usted?

—Segundo año de latín.

—Es usted un *cachifo*, ¿no es esto?... ¿Y tan grande?

—Como la dominación de los españoles y la guerra de la independencia no han dejado tiempo para estudiar, por eso es que ahora estamos algunos patanes estudiando gramática.

—¿Y qué está usted dando?

—Nebrija, fábulas y Nepote... Aquí está el Nebrija en mi bolsillo: ¿lo quiere ver usted, V. S.?

Sacó don Juanito un libro en pergamino, con más grasa que las puertas de la casa de doña Nicanora, y se lo presentó a don Ventura, el cual le dijo, como con aire de desconfianza:

—A ver: tradúzcame algún rengloncito.

—*Et nomen dogo finitum, caro jungitur illis* —leyó don Juanito, y luego se quedó suspenso.

—¿Pero qué quiere decir eso?

—*Nomen*, el hombre; *dogo*, de godo; *finitum*, está acabado; *et, y; caro*, caro les costará; *jungitur*, a los que se les junten; *illis*, a ellos.

—Pues ni tanto, ni tan poco —dijo entonces don Ventura, como distraído—: ni tanto rigor como los godos, ni tanta soltura como en la patria boba. El Libertador lo que quiere es que haya gobierno... ¿usted es de la sociedad filológica? —le preguntó en fin al patán—. ¿De esa sociedad estudiantil tan enemiga del Libertador?

—No, señor don Ventura.

—Pues cuidado con eso, porque esa sociedad nos hace la guerra, y de golpe... Y dígame, caballero, ¿la carrera de tahir y la carrera de estudiante no son contradictorias?

—No, señor... ¿Por qué?

—Trasnochándose usted hasta la madrugada y levantándose a las nueve, ¿es posible estudiar?... Y con esa serie de *ases y cuatros*, ¿no se feria el Nebrija y hasta las fábulas?... Usted sigue ahora conmigo para entregárselo mañana a sus padres y a su catedrático, para que le metan *veinticinco* así, patán, o para que le pongan oficio, si es que la cachifa es vagancia; porque los estudiantes vagos son tan vagos como todos los vagos... Usted tiene discípulos que son la esperanza de Colombia, y debe usted imitarlos: lo que tiene es que no quieren al Libertador.

## La celda de fique

Don Ventura se trasladó a la vuelta de la esquina, donde la más lúgubre de las escenas esperaba a su linterna, para lucirse ante los ojos humanos; unas paredes bardadas de polipodios y chupahuevo, un pavoroso zanjón que amenazaba la ruina de la calle y aun de la casa misma; un costalón de fique, de los de cargar tamo para las caballerizas, aplicado a un agujero de la tapia con tres clavos y recogido por un lazo corredizo, cuya punta iba a terminar en la brusca mano de un garante... ¿Habrá un cuadro más espantoso para el lector sensible?

—A ver, ¿qué tenemos por ahí? —preguntó don Ventura al acercarse.

—Ha caído alguna cosa —le respondieron—; pero no sabemos qué... Algún espanto tal vez, porque para ser ratón o perro es bulto demasiado grande.

—¿Y cuánto hace que está ahí?

—Hará como diez minutos, y se siente resollar... Ya queríamos retirarnos, no fuese a ser alguna cosa de la otra vida.

—¡Por cierto es cosa que me confunde! —exclamó don Ventura—: los licenciados del Rifles y Granaderos de la guardia, que no se asustaban de un encuentro con las legiones españolas, que despreciaban su metralla, su táctica y sus barbas hasta el pecho, se asustan ahora de las ánimas y de los espantos... ¡Hay cosas en esta vida!... Aflojen ese lazo, y veamos esa ánima en penas, o lo que sea... ¡Cobardes!

Entonces se arrimó don Ventura muy despacio, y recorriendo la jareta del costalón introdujo su linterna y la cabeza, preguntando como admirado:

—¿Quién está ahí?

—Yo, señor —le contestó una voz suplicante—... yo, el padre Serafín.

—¿El R. P. Serafín?... ¡Imposible! ¿Luego ahí es su celda? ¿Y cómo se ha metido usted ahí?

—Su señoría lo sabrá más bien, que será el autor de esta trama; pero, sea una trampa, una celda o un encantamiento, sáqueme V. S. antes que yo me ahogue.

Don Ventura volvió a alumbrar, y mirando al fondo con su rostro enjuto, y burlón en ocasiones, y con sus ojos indagadores y penetrantes, le alargó la mano al padre, quien trataba de evitar los rayos de luz que le martirizaban la vista.





—Mi reverendo padre —le dijo en seguida— ahora vea si tiene su paternidad posada donde vestirse, porque yo tengo que llevarlo a su convento. ¿Y qué diría su prelado de verlo así en pechos de camisa, y cubierto con esa gran capa negra?

—Pues yo donde suelo posar es donde la niña Nicanora, la que vende chicharrones.

—Un garito... donde se juega a los dados, ¿no es verdad?

—Ropilla es lo que solemos jugar a ratos, por no dejar; y eso con chochos.

Custodiado el padre por los guarantes se acercó a la casa de los chicharrones, y tocó a la puerta; pero ¡cuál fue el asombro de la niña Nicanora al encontrarse cara a cara con el padrecito, así que la abrió!

—¿Lo conoce? —le preguntó don Ventura con cierto airecillo que expresaba una reconvención más dura que las leyes de Dracon.

Es fácil adivinar lo que pasó por el alma de la empresaria Nicanora. Había negado al huésped antes que el gallo cantara dos ocasiones, como San Pedro a su Maestro. No lo conozco, había dicho y protestado. ¡Oh!, este garito de chicharrones tenía, como la Pasiflora, todos los signos de la pasión; un Judas de muchacho, sayones, clavos, linterna, dados, cordeles y sepulcro, mujer piadosa y qué sé yo cuánto más. Doña Nicanora se quedó petrificada. Se había tratado de burlar de don Ventura en el juego de la ropilla, lo mismo que con la alusión de los serafines, y ella debía saber quién era don Ventura. Por más de dos ocasiones quiso hablar para disculparse; pero ¿qué disculpa cabía en aquel terrible lance?

Mustia se quedó alumbrando la segunda entrada de don Ventura por su zaguán, más angosto y terrible que el estrecho de Magallanes. El padre no dilató en estar en traje de calle, llevando consigo sus hábitos envueltos en un pañuelo de seda lacre.

—Cito —dijo don Ventura al despedirse— al maestro Carrión y a doña Nicanora para que oigan una notificación, mañana a las nueve, en mi despacho. El cachifo, que siga con nosotros en patrulla. ¡Hasta hoy! ¡Hasta hoy! (porque ya son las dos).



## La ronda

Bajaba don Ventura de Belén con sus filas engrosadas por un padre prisionero y por un cachifo marchando en el mayor silencio, hasta que a distancia de una cuadra, como saliendo de una meditación profunda, volvióse el padre hacia el jefe, y le dijo:

—¡Señor don Ventura! *Si possibile est tranceal a me calix iste.*

—¿Cómo así, mi padre?

—Que si puede caber en lo posible el que V. S. no me entregue a mis prelados así como prisionero de guerra.

—¿Por qué, mi padre?

—Porque me sancochan.

—¿Cómo?

—Mañana (o más bien hoy), a horas de refectorio me ponen en vergüenza pública, y en seguida ayuno y encierro, ¡quién sabe por cuántos meses!

—Pero si dizque es usted tan *travieso*.

—Muchachadas, señor... Hágase usted el cargo: yo entré pequeñito al convento, sin sospechar siquiera en las emociones tiernas del corazón, las que forman la vida del hombre social, así como el capitán Cook, que bajó al cálido sepulcro, en una de las islas Marianas, antes de sospechar que los buques podrían volar algún día, como las águilas, por el portentoso móvil del vapor... Y que hay otra cosa...

—¿Qué, padrecito?

—Que en los grandes establecimientos como factorías, haciendas, trapiches, conventos y fábricas, a los magnates no se les notan mucho sus resbalones porque tienen la clientela a su favor.

—¿Cómo así, padrecito?

—Pues que a mí no tienen los padres maestros que echarme en cara sino una mera culebrilla, unas señitas por la ventana de mi celda, y el recibo de un cartucho de dulces... ¿Pero ellos?...

—¿Ellos, qué, padrecito?

—Ellos (los padres maestros), que pueden andar solos por la calle, como señoritas bogotanas recién casadas, y que por ocasiones consiguen licencia de casa; que reciben petacas de tabacos con florecitas y mejorana, y tazas de dulce, y muchas cosas con que le hacen volver la boca agua a un pobre frailuco... aunque es verdad que los hay muy santos también.

—Eso será porque son padres maestros.

—¿Y no hemos de comenzar por algo los padres aprendices?

Un profundo y tétrico silencio se siguió a tan importante y seria conversación. El paso sonaba a un solo golpe en las piedras, porque los licenciados del Rifles y Granaderos estaban habituados a ello; don Ventura tenía sus pelos de militar; el estudiante era miliciano del maestro Arce, que disciplinaba a los colegios; y el padre, por afición y porque tenía buen oído; todos caminaban al compás, pero con mucho silencio.





## Serenata

Una guitarra y dos voces humanas hacían retumbar ecos de profundo dolor a lo lejos de una calle: cantaban *El Suspiro* con inflexiones tan tiernas, tan suplicantes, que daban ganas de llorar a grito herido. Don Ventura se acercó, solo, y oyó patentemente los siguientes versos:

*Mas, ¡ay! que cuando aspiro  
a verla enternecida,  
Yo encuentro a mi querida  
Más firme en su crueldad.  
En mí fue la locura  
Creer en su juramento:  
Feliz en mi contento  
Yo amaba su beldad.  
Como una sombra oscura  
Que huyó en el mismo instante,  
Así pagó mi amante  
Mi amor y mi lealtad.*

Y caminando con cautela, llegó el señor jefe de la policía hasta los músicos antes de ser advertido de nadie.

—¿Qué hacen ustedes? —les preguntó.

—Divirtiéndonos señor.

—¿Ustedes solos?

—No más.

—Entonces ¿por qué no se divierten en sus casas?... Es un humor muy constante el de ustedes, por cierto, que ni el frío, ni la soledad, ni la dureza de las piedras los aterra... ¡y una diversión tan triste y sin relaciones con terceras! ¿No es eso?

—Tal vez nos oirán.

—Y suspirarán y se desvelarán, y los maridos o padres celosos rabiarán, y habrá inquietudes por causa de ustedes.

—De la armonía de la música, si es que tiene esa virtud, Señor don Ventura.

—¡Y qué buscan ustedes! ¿Unas horas?...

—Pero esta libertad de la voz y de los dedos... y de no dormir, si se quiere...

—¿Serán ustedes filológicos, cuando menos, no? ¡Pues cuidado, cuidado! Y no es malo que ustedes se retiren a sus camas, que el sereno puede ser dañoso, y las trasnochadas también, para las imaginaciones exaltadas por la política y el amor.

Dio un silbo don Ventura, y en el acto lo alcanzaron sus gendarmes, y siguieron bajando sin más ocurrencia que la que pasaremos a referir, aun cuando ella no sea de importancia para nuestro asunto.

Dos cigarros que ardían, el uno en una ventana y el otro al pie, por el lado de la calle, se habían apagado al pasar la ronda; pero inmediatamente después resplandecieron con fresco vigor, y se oyeron estas palabras:

—Es el Chicharrón, Juliana.

—¿A quién llevará preso? ¡Válgame Dios!

—Como que es un padre.

—¿En qué lo conoces, Miguel María?

—¡Eh!, por el caminado, pues, y por el pañuelo blanco en la cabeza. ¿No ves que camina como mujer disfrazada de hombre?

—¡Tal vez!, porque el Chicharrón es el diablo, y sabe dónde duermen las tortolitas, como dicen los cachacos. Y que lo que él manda se hace con la pepita del alma. Ahora tiene mandado que la chicha no se venda sino a dos cuadras de distancia de la plaza mayor; y se hace respetar la providencia, o cabras han de dar leche; y en fin, tantas cosas buenas. ¡Ave María! Si el Chicharrón es buenísimo.

—Pero da sus descachadas contra la libertad.

—Contra la libertad de alborotar, de ensuciar y de degradar la ciudad. Convenido.

—¡Pero la tiranía!... ¿Por qué es, Juliana, que las mujeres se inclinan a los gobiernos fuertes?

—Porque somos débiles, tímidas e inofensivas. Los violentos, los jaquetones, los arbitrarios, los que llevan adelante sus goces a pesar del daño de tercero, esos se acomodan mucho con los gobiernos débiles, y mucho más con la anarquía. Por eso es que tenemos tantas mujeres bolivianas en Bogotá, Miguel María. Ya lo estás viendo. ¿A mí en qué me ofende la dictadura, ni la policía, ni San Chicharrón?

—Pero la dictadura y el Chicharrón se tienen que ir abajo, si el palito no se quiebra.

—¿Revolución?... Algún día se arrepentirán, cuando conozcan a Bolívar y al país.



—¡Eres muy boliviana! ¿Quién te mete esos cuentos?

—Me voy a acostar —dijo la incógnita—, que es tardecito. ¡Ave María! Su canto y su guitarra tienen la culpa. ¡Como yo amanezca mañana trasnochada... eso sí!...

En medio de todo su rigor, don Ventura era un hombre accesible a los pobres y susceptible de discusión; era de los más compasivos del mundo, era amigo de la justicia; lo era, pues, de la igualdad; era caritativo; era, pues, amigo de la fraternidad. La suerte del padre Serafín lo llevaba pensativo, y por último se le dirigió de esta manera:

—Padrecito, usted puede haber hecho sus travesurillas; pero dice el refrán «que de los arrepentidos se sirve Dios»... ¿No me podría usted empeñar su palabra de enmendarse, si lo saco con bien de ésta?

—Con mucho gusto: si usted, señor, me quiere tener por ahijado...

—¿Y por qué suspira, padrecito?

—De considerar esas torres, esos muros y ventanas, señor don Ventura. Esa reja por donde se determina la luz de alguna vela acabándose, es de la celda de un corista muy amigo mío, que en el convento es mi consuelo. En esos claustros habré de terminar mis estériles días, porque lo he jurado delante de los altares.

—Estériles ¿por qué? Dondequiera puede el hombre llenar una misión gloriosa. Cenobitas ha habido en todos los tiempos. Ya usted ve: los sabios del Egipto se formaron en el encierro de mansiones muy parecidas a nuestros conventos; y ¡cuánto no deben las ciencias a sus ayunos y a su clausura! De los conventos salieron los Padillas, los Garay, los Vásquez y los Cameros, y tantas lumbreras de nuestros claustros: no hay sino enmendar la plana; y que si lo cojo en otra trampa, es de número cuatro. ¡Conque métase a formal!





## El convento

Tocó don Ventura en la portería del convento, y el vigilante padre portero no dilató en abrir, y dar el aviso al prelado de que el señor jefe político le necesitaba.

Entonces la autoridad civil intervenía en el gobierno de la Iglesia: confirmaba los empleados-curas; elegía obispos y canónigos; colectaba diezmos, imponía obligaciones a los párrocos, prohibía funciones y suprimía ramos de rentas; suspendía predicadores; pero un ministerio hubo que renunció medio gobierno de la República, como los reyes tontos; y hoy la cosa es muy distinta... Salió el padre provincial acompañado de dos padres más, con su capilla calada, y sus manos honestamente cubiertas por las mangas del grueso sayal, y le preguntó a don Ventura:

—¿Qué novedad tenemos, señor don Ventura?

—Que vengo a ver al padre Serafín, que unos dicen que está en su convento, y otros en la calle; y yo quiero satisfacerme de la verdad, tanto más, cuanto que en mi despacho se encuentra una requisitoria de su convento.

—Es verdad, señor; pero su celda se encuentra fría como el nido de la ingrata paloma; por tratar de corregirle sus travesurillas a nuestro hermano Serafín, se nos ha fugado. ¡Dios tenga piedad de él!

—¿Y están ustedes seguros, mis reverendos padres?

—Si él estuviera aquí, ¿para qué lo íbamos a negar?

—Sin embargo, yo deseo buscarlo en su misma celda.

—No hay para qué, señor. Nosotros podemos jurar que no está en el convento.

—Tengo antecedentes de lo contrario, y este punto pasa a ser de alta policía, porque, a no ser tan honrados sus paternidades, hasta una violencia se pudiera sospechar, un atentado contra la libertad por lo menos.

—¿Violencia, señor? Esa es muy poca honra para nosotros. Y no hay para qué entrar.

—Pues en nombre de la policía yo entro a este convento; y no hay más qué hacer.



Cuando esto dijo don Ventura ya tenía adentro el pie, y sus policías lo seguían con el farol, que acertadamente lo habían encendido en la expirante lámpara del hermano portero. Cuatro padres graves lo acompañaban, y pronto la bota herrada del jefe político hacía retumbar el aire, marcando los ladrillos del inmenso claustro, mientras que los monjes reposaban en sus tarimas, próximos a ser llamados a maitines por las tristes campanadas del alba. De paso reflejaban los cuadros de la vida del santo, y el retrato del diablo con sus alas de murciélago y su rabo de iguana, y su cornamenta de chivo; lo cual causó tal impresión al antiguo granadero, que quiso santiguarse con la mano zurda, por llevar la derecha ocupada con la linterna.

Al subir la escalera, la vista dio de frente con cuadros más sobresalientes aún, por agregarse a la luz pasajera de la linterna la de un farol que daba vueltas, por causa del aire que soplabá impetuoso. ¡Qué contrastes los que se le presentan a un jefe de policía, Dios eterno! Recuérdense por un momento todas las variaciones que pasaron por los ojos de don Ventura en esta sola noche: calles, claustros, cerezos, juego, rellenas, músicos, un fraile en un costalón, coqueteos de política por la ventana, portería, padres venerables, cuadros de santos y de diablos, etc. Es un cosmorama completo la ronda de un jefe de policía, sin que nos quede un ápice de duda. Si don Ventura hubiera tenido la manía de escribir, habría dejado materiales para formar de a doce tomos por año para el que tuviese genio, plata y colaboradores. Una obra con el título de los misterios del costalón o de los chicharrones, habría dado celebridad al escritor que la hubiese emprendido, compaginada con el salero y chiste, y con las reflexiones del genio de don Ventura. Pero habíamos dejado la ronda en la escalera, y es fuerza el acompañarla hasta el último rincón del apacible convento.

Después de concluída la escalera, continuaron los viajeros por el corredor alto de un segundo patio, tan solitario y oscuro como el primero, y cuando menos se esperaba, se paró el R. P. Prior, y dijo: aquí vivía nuestro hermano Serafín; y lo dijo con un tono tan lastimoso, como el viajero que dijese en las playas de Santa Marta: «En este sepulcro estaba el cadáver del Libertador Simón Bolívar; pero hoy está vacío».

—Sin embargo —dijo don Ventura—, yo tengo esperanzas: mi bastón a ratos hace milagros —y tocó a la puerta con él.

—¡*Deo gratias!* —respondió por allá en el fondo una voz sumisa, como la de todos los monjes.

—¡Traduzca! —le dijo don Ventura al cachifo prisionero.

—*Gratias*, gracias, *Deo*, a Dios. No es más.

—Ahora, explíqueme usted, padre provincial, el *quid pro quo* del asunto.

—Que es el diablo el que nos ha respondido, señor don Ventura.

—¿Y si es el padrecito?...

—Me dejo emplumar, señor, porque estoy tan seguro...

## La celda verdadera

A este tiempo, abriendo la puerta un monje, saludó con reverencia al prelado, sin des- cruzar sus brazos de sobre su pecho.

—¿Lo conoce? —le dijo don Ventura al prelado.

—Es el diablo en forma de Serafín —dijo el prelado santiguándose él mismo, y ten- diéndole el cinto bendito sobre la cabeza.

—¿Quién nos entiende? —dijo don Ventura.

—De parte de Dios, te digo que nos expliques quién eres y de dónde sales —conti- nuó diciéndole el reverendo padre al diabólico espectro.

—Soy el hermano Serafín; y salgo de mi celda —respondió el aparecido.

—Y ahora ¿qué dice su paternidad? —preguntó don Ventura.

—Que sí es el padre; pero que en esto hay algún terrible misterio.

—Pues yo lo que puedo decir es —continuó don Ventura— que los reverendos padres han quedado más deslucidos. El padre Serafín es a mis ojos el hijo pródigo, vuelto por sus pasos contados a la casa de su padre: está arrepentido...

—¿No es así, padrecito? —le dijo al aparecido, con dulce voz— ¿No es usted hombre de cumplir con sus promesas?

—Sí, señor —contestó el padre Serafín, sin alzar a mirar siquiera.

—Pues dele un abrazo, mi reverendo padre.

—*Ego te absolvo* —le dijo el prelado al padrecito, echándole una solemne bendición por encima, y el penitente le respondió:

—Amén.

—¡Pero el abrazo!, ¿no me comprenden?... ¡el abrazo! —dijo don Ventura—: todos los padres han de abrazar ahora al padre Serafín, en señal de fraternidad; y que toquen a comunidad para que lo abracen todos los que ignoraban que estaba en su celda.

—¿Comunidad?... No es uno de los casos de la constitución, señor don Ventura.

—Pues a nombre del patronato que ejerce el gobierno civil. Yo quiero que se toque.

La sonora y muy triste campanada que vibra en los conventos y en toda la ciudad a las tres de la mañana, vino en transacción de esta difícil competencia. Los claus- tros resonaron con el tañido melancólico, y a poco tiempo crujían las puertas de las celdas, para encaminarse sus pacíficos moradores, con pisadas graves y recatadas, a ocupar sus asientos en los escaños del coro.

—Ahora es tiempo de que los hermanos reciban al hermano en el recinto sa- grado, que nosotros llamamos coro —dijo el prelado—, sin violentar nuestra santa constitución.

Marchó don Ventura por los claustros, en medio de tres padres graves y de su ahija- do, y del cachifo prisionero, y cuando ya estuvo en la puerta se verificó la reinscripción del hermano Serafín. Don Ventura se quedó absorto de ver en el extremo del silencio- so templo a los padres hincados de rodillas, delante de un atril gigantesco, con los ojos fijos sobre unos libros monstruos, con caracteres como los de algunos avisos de talleres, pero claros, sin dibujos que desvirtúan el fin de ser leídos de pronto...



## El coro

El rezo de los coristas se comenzó por la sagrada deprecación *Domine ad adjuvandum me festina*, y la iglesia a tan devotos acentos resonaba con una armonía tan edificante que los dos veteranos de Rifles y Granaderos se pusieron de rodillas tocados de una emoción que nunca habían experimentado en su vida.

Don Ventura quiso dar la última mirada sobre su ahijado, y lo vio arrodillado con los brazos cruzados, y con aire enteramente penitencial. Para don Ventura era un hecho que el padrecito era el que a las doce ocupaba el cuarto de ropilla, o más claro, el cuarto de dado, en la casa de los chicharrones, y ahora, a las tres, ocupaba en el coro su antiguo puesto. El jefe de policía era un hombre de mundo, de sufrimientos y de dichas, y él no podía pasar desapercibido este contraste de la vida humana, de la alegría y de la piedad, del vilipendio y del deber: un mismo individuo en el coro y en el garito, en menos de cuatro horas, forma una antítesis que los retóricos se pueden apropiarse para sus textos, como cuando uno de ellos hizo mención de un sepulcro a un lado de un cuadro, y al otro una zagala de la Arcadia embebecida en la dicha de sus danzas.

Al retirarse, le iba diciendo don Ventura al prelado:

—He visto la comunidad muy grande en las procesiones de la semana santa, y ahora me parece reducido el cuadro: noto muchas sillas vacantes. ¿Ha habido peste en el convento?

—No, señor: es porque por nuestra constitución también hay retiros y jubilaciones.

—Pues mis reverendos padres —continuó don Ventura— dispensen el mal rato, y adiós, adiós; que no vayan a tener algún resfriado por mi causa.

—No tenga usted, señor, cuidado por eso —dijo el prior— y vea en qué podemos servir.

Don Ventura se fue a su casa, y los guarantes se fueron a depositar al cachifo al principal, para entregárselo por la mañana al catedrático, para los efectos del caso.

Después que se fue don Ventura llamó el prelado al padre Serafín, y le dijo:

—Ahora le mando a usted que bajo de santa obediencia, me diga cómo ha venido usted al convento.

—Pues, señor, sucedió, que cuando estábamos parados en la portería del convento, con la linterna un poco oscura y los ánimos no muy claros, se me acercó el señor jefe político con mucho disimulo, y mostrándome la puerta de adentro, al tiempo de hacerme una castañeta con los dedos, me hizo una indicación con los ojos, y yo, adivinándole sus deseos, corrí por estos claustros de Dios, como el zorro que en la madrugada se regresa a su cueva, sin dejar sentir sus ligeros pasos; y para eso que yo venía calzado con sandalias de fique. Y así que estuve en mi celda, desplegué mis hábitos de entre el pañuelo en que los traía, y sin la menor detención me los puse, haciéndome otra vez monje, para siempre jamás. *Amén*.



# Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

## De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

## Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

## Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

## Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

## Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

## Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

## De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

## En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

## Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

## El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

## Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

## El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

## Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

## Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

## El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

## Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

## Cuentos de

### Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

## Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

## Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

## El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

## Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

## La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

## Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

## Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

## Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

## Don Juan Bolondrón

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

## Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

## Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

## Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

## Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

## Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

## La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33

## Versos sencillos (Selección)

José Martí.

Leer es mi cuento 34

## Memorias de un caballo de la Independencia (Selección)

Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35

## Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36

## Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37

## Una ronda de Don Ventura Ahumada

Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38

## La Expedición Botánica contada a los niños (Selección)

Elisa Mújica

Consulte los libros digitales y el glosario aquí: [www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/](http://www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/)





Este relato de Don Eugenio Díaz fue escrito hace casi 170 años. En él cuenta cómo era la vida de Santafé de Bogotá en esa época; más aun, cómo eran sus noches, cuando no era aún la metrópoli que hoy admiramos y sufrimos, sino una pequeña aldea en la que la autoridad civil y militar se hacía sentir. La anécdota (cómo regresar al convento a un curita que se ha aficionado al juego de cartas), está narrada de modo pintoresco y cálido; sus imágenes son graciosas y originales. A Don Eugenio Díaz le debemos el haber escrito una de las primeras y más admirables novelas colombianas del siglo XIX: *Manuela*.



El futuro  
es de todos

Gobierno  
de Colombia



Biblioteca  
Nacional de  
Colombia